EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

HERENCIA DE LÁGRIMAS,

DRAMA

EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1880.

HERENCIA DE LÁGRIMAS,

DRAMA

EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Representado con aplauso por primera vez en Madrid, en el Teatro del PRINCIPE, la noche del 25 de Abril del año 1857.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1880.

AL JÓVEN ACTOR

DON JOAQUIN MANINI.

Querido Joaquin: Me pedistes un drama para tu primer beneficio, te envio este boceto dramático, que con harto sentimiento veo no corresponde en mucho á la confianza con que me honrastes al dirigirte á mí.

La amistad que nos une, las deferencias que para conmigo ha tenido siempre tu familia, y el deseo de alentar tu justa y noble ambicion en la difícil y espinosa carrera del teatro, que tan ventajosamente comienzas, me aconsejan ponga tu nombre al frente de esta obra.

Si con esta corta ofrenda logro estimularte, quedará pagado con creces tu amigo de corazon.

ENRIQUE.

Madrid 8 de Mayo de 1857.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	D.ª Cándida Dardalla.
RAFAEL	D. Manuel Ossorio.
EL PADRE ALBERTO	D. José Córte.
DIEGO	D. Antonio Zamora.
PABLO	D. Antonio Bermonet.
JUANILLO	D. Joaquin Manini.
UN ANCIANO (1)	D. José Olona.

Ancianos, bateleras, aldeanas, marineros, niños, gente del pueblo.

La accion se supone en las cercanías de Pasajes á últimos del reinado de Felipe IV.

---

(1) El Sr. D. José Olona, galan jóven del teatro del Príncipe, se brindó generosamente al desempeño de un papel que no le pertenecía, sin más objeto que el de contribuir con sus esfuerzos al mejor resultado de este drama. Pocos, muy pocos en iguales circunstancias hubieran hecho otro tanto. Como amigo, como autor le consagro estos renglones en prueba de mi agradecimiento.

Escrich.

ACTO PRIMERO.

Cercanías de Pasajes, en la provincia de Guipúzcoa. El canal cruza la ascena, á cuyas márgenes hay algunas rocas que forman el desembarcadero. Á la derecha se alza el pico de Arando el chico, y encima de este una cabaña practicable. Al fondo, lo más lejos posible, el monte Ulia; en su falda se verán las primeras casas del pueblo de Pasajes, figurando perderse el resto de la aldea entre los últimos bastidores de la izquierda. Á la izquierda, en primer término, se verá una casita rústica con cobertizo y empalizada de troncos de árboles, dentro del cual se ven algunas macetas de flores. En el centro del escenario una barca de pescador recien construida: la popa da frente al público, y en ella está inscrito en gruesos caractéres el nombre de María. Algunos árboles colocados convenientemente por la escena. El teatro estará alumbrado por la naciente luz de la alborada.

ESCENA PRIMERA.

Aparece junto al desembarcadero un grupo de ALDEANOS mirando hácia el foro derecha: se oyen gritos de mujeres y carcajadas dentro. Poco despues JUANILLO aparece en la cima del monte de Arando. Mira como aturdido á su alrededor y se precipita hácia la escena. Una multitud de BATELERAS y ALDEANAS salen tras él persiguiéndole, riendo, gritando y arrojándole piedras.

VOCES. (Dentro.) ¡Á él! ¡á él!

ALD. 1.° (Mirando.) Ya le atajas.
VOCES. (Dentro.) ¡Al feo! ¡al feo!
JUAN. (Id.) ¡Abrid paso!...
ALD. 2.° ¡Tumbó á la Rufa!...
ALD. 1.° (Mirando.) Las otras
le apedrean!...
ALD. 2.° (Id.) ¡Muy buen salto!...
VOCES. (Dentro.) ¡Já, já, já, já!
ALD. 1.° (Mirando.) ¡Hácia aquí viene!
BATS. (Saliendo detrás de Juanillo.)
¡Suelta el ramo! ¡suelta el ramo!...
(Bajan á la escena persiguiendo á Juanillo. Este salta encima de la barca que habrá en mitad del escenario, y cogiendo un remo se coloca en actitud amenazadora. Las Bateleras y los Aldeanos cercan la barca riendo y batiendo las palmas.)
JUAN. ¡Tontas! no se hizo la miel
para la boca del asno.
BAT. 1.ª Danos las flores.
JUAN. No quiero.
BAT. 2.ª ¡Al canal el deslenguado!
TODOS. Sí, sí.
JUAN. ¡Pues subid, subid!
no os tengo miedo, os aguardo.
ALD. 1.ª ¡Os desafía!...
BAT. 1.ª ¡Muchachas,
al asalto!
TODOS. ¡Sí, al asalto!
(Las Bateleras procuran asaltar la barca, Juanillo las rechaza con el remo. Crece la algazara. En este instante salen de la casita rústica Pablo y María. Todos guardan silencio, pero permaneciendo en la actitud en que se hallan.)

ESCENA II.

DICHOS, PABLO, MARÍA.

PABLO. ¡Ea!... Mozuelas, á ver
si dejais á ese muchacho.
BAT. 1.ª ¡Qué! Si es que nos divertiamos.
PABLO. Á su costa. Eso es muy santo.

BAT. 2.ª ¡Él tiene la culpa!
JUAN. ¡Ellas!...
TODOS. ¡Él! ¡él!...
PABLO. ¡Nadie me alce el gallo!...
(Silencio general.)
MARIA. (Con dulzura.)
Sois muy revoltosas: siempre
contra el pobre Juan: sepamos
por qué ha sido el alboroto?...
JUAN. Ha sido... por este ramo. (Se lo entrega.)
MARIA. Bonitas violetas. ¡Hola!...
¿son las del pico de Arando?...
¡Y te has atrevido!...
JUAN. Vaya,
si sé que son de tu agrado.
MARIA. Juan, te prohibo que subas
otra vez...
JUAN. Si no me caigo.
Ademas, como hoy te casas
yo pensé hacerte un regalo,
y me dije: «Tú eres pobre,
Juanillo, pero no ingrato.
Vamos á ver si te portas
cual debes.» Y recordando
entónces que te gustaban
las violetas, como un gamo
saltando de roca en roca...
MARIA. Las cogistes, olvidando
la inmensidad del peligro.
JUAN. Pero si el mar está abajo.
MARIA. Exponerse de ese modo
por unas flores.
JUAN. Yo nado
como un pez...
ALD. 1.º El padre Alberto.
(Todos se dirigen á recibir al padre Alberto: los niños y los Aldeanos le besan la mano al pasar junto á ellos.)

ESCENA III.

DICHOS, el PADRE ALBERTO.

ALB. Muy buenos dias, muchachos;
pero ¡calle!... ¿las mozuelas
hoy no me besan la mano?

TODOS. Sí, sí.

(Todas le rodean y le besan la mano: él las va bendiciendo.)

ALB. Muy bien, hijos mios,
que Dios os haga unos santos.

JUAN. ¡Amen!

ALB. ¿Dónde está la novia?

MARIA. Señor. (Adelantándose.)

ALB. ¡Ah! ¡María!... ¡Pablo!...
pero... niña, tú estás triste.

PABLO. (Con afan.) Triste.

MARIA. ¡Oh! no, no, al contrario,
estoy contenta...

ALB. Tus ojos,
que al cielo su azul robaron,
hace unos dias que están
por la tristeza velados.

PABLO. Aprension.

MARIA. Sí, sí, aprension
vuestra, hija del acendrado
cariño que me teneis.

PABLO. No hablemos de eso.

ALB. Me callo.
(Mirando á su alrededor.)
Pero ¿por dónde anda el novio?
el no verle aquí es extraño...
siendo el más madrugador
que tenemos en el rádio.

PABLO. Aun no es la hora.

ALB. No importa;
este es su puesto.

MARIA. Es temprano.

JUAN. ¡Jé, jé! yo sé adónde ha ido.

ALB. ¿Tú?...
JUAN. Buen susto me he llevado.
PABLO. ¿Susto?...
JUAN. Sí, del mal el menos,
porque me dió estos ducados.
MARIA. Á ver. (Les enseña un puñado de ducados.)
PABLO. ¡Es una fortuna!...
JUAN. Pues todo es mio, tio Pablo;
Si viérais, sacó un bolson
repleto de estos, y largo
así. (Señalando con la mano.)
MARIA. Pero ¿quién?...
JUAN. Rafael,
tu novio.
PABLO. ¿Qué estás hablando?
JUAN. La verdad digo.
ALB. Á ver, cuenta
cómo fué.
JUAN. Allá va el caso.
Yo no tengo más hogar
ni más casa que mi barco:
en él como, duermo y vivo
por lo mismo.
PABLO. Juan, al grano.
JUAN. Serían como las dos
de la mañana: roncando
me hallaba, cuando héte aquí
que me cogen por el brazo
y me sacuden. De un brinco
me levanté, y á mi lado
veo á Rafael, que riendo
me dice: «Soy yo, muchacho;
ven á ayudarme á varar
mi barca, porque me marcho
á San Sebastian,» y luégo
que tuvo el barco en el charco,
alargándome estaz piezas,
me dijo: «Si el tio Pablo
pregunta por mí, le dices
que he ido á comprar los regalos
de boda, y...» con lo dicho
cumplo. Os entero y acabo.

ALB. ¡Regalos de boda un pobre
pescador!...
JUAN. ¡Pobre! no tanto.
PABLO. ¿Qué sabe él?
JUAN. Aunque me llamen
tonto, el dedo no me mamo.
¡Todos somos de un oficio!...
PABLO. Calle.
ALB. Habla.
JUAN. ¿Hablo ó callo?...
(Mirando á los dos con estupidez.)
MARIA. Dí cuanto sepas.
JUAN. Yo nada.
Mas los tiempos están malos,
y por más que uno trabaja,
uno siempre va descalzo
y come poco... y no puede
medrar y... vive rabiando.
Si esto es verdad, y Rafael
es como yo un pobre diablo,
sin más fortuna que el mar,
ni más bienes que su barco,
¿cómo es que él tiene una bolsa
que es bolsa de muy buen año,
y nosotros somos todos
unos pobres pelagatos?...
¿De dónde salen las misas?...
¿Lo sabeis vos, tio Pablo?...
PAPLO. Yo solo sé que no hay nadie
que le aventaje en lo honrado;
y hablar mal de él, sólo pueden
los necios y los ingratos. (Alzando la voz.)
JUAN. En el pueblo todos dicen
se dedica al contrabando.
PABLO. Calle el simple.
JUAN. Soy el eco.
Hablo por boca de ganso.
PABLO. (¿Será verdad? Imposible.)
ALB. (Poco á poco. Atando cabos
yo sabré...)
PABLO. Basta de charla,
y á la bodega, muchachos.

Alb. Quiero hablar contigo. (Á Pablo.)
Pablo. (Al P. Alberto.) ¿Ahora?
Alb. Sí, ahora.
Uno. ¡Viva el tio Pablo!
Todos. ¡Viva!
Juan. ¡Y la novia y el novio!
Todos. ¡Vivan!
Pablo. Tú vé á acompañarlos,
María.
María. No tardeis.
Alb. Pronto
estaremos á tu lado.
(Entran en la casa todos, menos)

ESCENA IV.

EL P. ALBERTO, PABLO.

Alb. ¿Oiste á Juan?
Pablo. Necedades
de un simple son que desprecio.
Alb. Pablo, palabras de necio
muchas veces son verdades.
El pueblo sus dudas tiene,
y yo las tengo con él;
nadie conoce á Rafael,
nadie sabe de dó viene.
Pablo. Las torpes acusaciones
dejad que la envidia exhale;
para saber lo que vale,
basta juzgar sus acciones.
Siempre con noble interés
socorre al menesteroso.
Alb. Pablo: por eso es forzoso
saber ese hombre quién es.
Junto al lecho del dolor
vierte el oro por encanto,
y nunca dan para tanto
las redes del pescador.
Pablo. María le adora: y yo,
le amo como á un hijo mismo,
porque él con noble heroismo

por mí su vida arriesgó.
Si hacienda y vida le debo,
porque la gente murmura,
¿he de perder la ventura
de María, y mi sosiego?
Le infama el pueblo menguado
porque ignora de dó viene,
sin mirar que prendas tiene
que le sobran para honrado.

ALB. Su honradez, su rectitud
algun misterio descubre;
que á veces al crímen, cubre
la capa de la virtud.
Dime: si á tu hija vieras
á su negra suerte unida,
pasar llorando la vida...
Pablo, ¿entónces qué dijeras?

PABLO. Señor...

ALB. Ántes que su union
ante Dios autoricemos,
quien es ese hombre averigüemos,
tal es nuestra obligacion.
No te extrañe mi entereza,
la adoro como tú mismo,
que las aguas del bautismo
vertí sobre su cabeza.
Tu esposa en tu ausencia, á luz
dió esa niña pura y bella;
yo juré velar por ella
la mano sobre una cruz.
Murió su madre; á María
en mis brazos albergué;
cuando á tí te la entregué
cinco años cumplido había.
Mi deber, mi obligacion
es hacerla venturosa;
si no va al altar gustosa
les niego mi bendicion.
Que ante las aras divinas
quedar deben las esposas;
presas con lazos de rosas,
nunca con lazos de espinas.

PABLO. Los recelos desechad,
que si al templo va María
es porque el amor la guía
sin torcer su voluntad.
Amor santo que jamás
empañará la amargura.

ALB. Pues si él hace su ventura
nada importa lo demás.

PABLO. Mirad su semblante, Dios
en él la honradez ha escrito:
dejadle, por Dios bendito,
que al altar vayan los dos.

ALB. No insisto ya.

PABLO. Entremos pues,
no se cansen de esperar.

ALB. Vamos... (Yo debo velar
por ella... Sabré quién es.)

(Entran los dos en la casa. El teatro queda un momento solo; poco despues llega un barquichuelo á la orilla, en el cual vienen Rafael y Diego.)

ESCENA V.

RAFAEL, DIEGO.

RAFAEL. (Desde la barca.) Esperaos, caballero,
que amarre, porque un vaiven...

DIEGO. (Saltando sobre las rocas. Rafael se queda amarrando la barca. Diego salta á la playa.)
No temais, que yo tambien
como vos, soy marinero.
¡Oh! con qué gozo otra vez
vuelvo á pisar la ribera
do vi el sol por vez primera,
donde corrió mi niñez.
Brisas que habeis refrescado
mil veces la frente mia,
con infantil alegría
os saluda un desterrado.
(Rafael acercándose á Diego.)

RAFAEL. En estas riberas, ya

si á Pasajes ir quereis
esa senda emprendereis,
que ella al pueblo os llevará.

DIEGO. Gracias, buen hombre. Tomad
para beber. (Dándole algunas monedas.)

RAFAEL. (Rechazándolas.) Caballero...
ved que no soy batelero;
vuestras monedas guardad.

DIEGO. Franco sois. (Mirándole fijamente.)

RAFAEL. Dios me hizo así.

DIEGO. (Á este hombre le he visto yo...)
¿Sois vos de Pasajes?

RAFAEL. (Mirándole y dudando.) No.

DIEGO. ¿Pescador de oficio?

RAFAEL. (Despues de un momento de duda.) Si...
(Quién será?). (Pausa.)

DIEGO. (¡Cosa más rara!
pero yo le ví espirar...)

RAFAEL. (Es preciso averiguar
quién es.)

DIEGO. (Si es su misma cara...)
Decid: ¿tuvísteis tal vez
en el mar del Oceano
algun pariente ó hermano?

RAFAEL. No. (Despues de un momento.)

DIEGO. (Es extraño, pardiez.)

RAFAEL. (Con su mirada me abruma,
y ya mi impacieneia crece.)

DIEGO. (Al pirata se parece
como la nieve á la espuma.
Bah, quiméricos visajes
hijos de la fantasía...
Tiene este más lozanía.)

RAFAEL. (Yo sabré...) ¿Sois de Pasajes?

DIEGO. En él encontré mi cuna,
mas há tiempo lo dejé,
y á los mares me lancé
en pos de mejor fortuna.

RAFAEL. Buen campo es el mar, por Dios,
con fé y corazon osado.

DIEGO. Á mí nunca me han faltado
en el peligro esos dos.

RAFAEL. ¿Y os fué la suerte propicia,
segun indica ese porte?...
DIEGO. Loco corrí tras el norte
que soñaba mi codicia.
Y fué tanta mi ventura,
que con arrojo y sin miedo
puse, sin pensarlo, el dedo
en su rica cerradura.
Brotó á mis piés un tesoro,
creí al pronto que soñaba,
cuando ví que el rey me daba
mi licencia, y aquel oro.
RAFAEL. ¡El Rey!...
DIEGO. ¿Y qué hay que os asombre?
RAFAEE. Sólo pensar que en su pró
mucho haríais.
DIEGO. No fuí yo.
RAFAEL. ¿Quién pues?
DIEGO. La suerte del hombre.
RAFAEL. Pica mi curiosidad
vuestra historia.
DIEGO. (Es su retrato.)
Ya os la contaré otro rato.
RAFAEL. Cuando gusteis.
DIEGO. En verdad
que en mis tres años de ausencia
esto ha mudado á fé mia.
¿Quién habita esa alquería?
RAFAEL. La honradez y la inocencia.
DIEGO. Nobles huéspedes.
RAFAEL. Si á fé.
DIEGO. Adios quedad; que es razon
busque una casa ó meson
donde alojarme.
RAFAEL. ¿Pues qué?
¿no teneis en el lugar
parientes?...
DIEGO. Huérfano soy;
como un extranjero hoy
vuelvo esta playa á pisar.
RAFAEL. Pero algun amigo...
DIEGO. Aquí.

los tuve, más me olvidaron,
que obré mal, y se apartaron
con justa razon de mí.

RAFAEL. (Pobre mozo...)

DIEGO. Hasta que un dia
dando un adios á mi tierra,
corrí á buscar en la guerra
la muerte que apetecía.

RAFAEL. ¿Amábais?

DIEGO. Sin esperanza
á un ángel tan puro y bello
como ese primer destello
que el sol sobre el mundo lanza.
Pero ¡ay! que el hado tirano
entre los dos un abismo
vino á abrir el dia mismo
en que iba á pedir su mano.
Entónces dejé estos lares,
y con ella en la memoria,
ansiando fortuna y gloria,
corrí sin temor los mares.
Y hoy torno con doble amor
á ofrecerle á mi adorada,
una fortuna ganada
en el campo del honor.

RAFAEL. Jóven, mucho me honrareis
con vuestra amistad: espero
que del pobre marinero
la ruda choza acepteis.

DIEGO. Vuestra oferta me acomoda:
esta es mi mano.

RAFAEL. Esta es la mia.
Tambien suplicar quería
honraráis mi humilde boda.

DIEGO. ¿Os casais?

RAFAEL. Esta mañana
tal dicha toco.

DIEGO. Admitido;
y yo á lo vez os convido
á la mia, que temprano
será si alcanzo el perdon
de su padre.

RAFAEL. Dios lo quiera.
DIEGO. Adios, que á la batelera
dueña de mi corazon
buscar afanoso quiero
para arrojarme á sus piés.
RAFAEL. No tardeis.
DIEGO. Vendré despues
que la vea.
RAFAEL. Aquí os espero. (Váse Diego.)

ESCENA VI.

RAFAEL solo.

La duda sus pasos guia.
Dios quiera que halle á su dueño,
y un porvenir halagüeño
de eterno amor le sonría. (Pausa.)
¿Quién será?... Fijos sus ojos
en mi semblante tenía,
sin advertir que podía
su audacia causarme enojos.
Si ese hombre el secreto sabe
y lo revela indiscreto...
No, que mi honor es la llave
guardadora del secreto.
¡Padre! aquí en mi corazon
tumba á tu secreto abrí:
callarlo me toca á mí,
á Dios conceder perdon.
Mas ya estará el pobre anciano
esperándome impaciente.
María, sobre tu frente,
pura como el sol temprano
que el pico de Arando dora,
pondré estos corales rojos,
ménos bellos que tus ojos
para el hombre que te adora.
Y eclipsando la tristeza
que asoma á tu frente pura,
galas den á tu hermosura,
encantos á tu belleza.

Entremos.

(**Rafael se dirige á la casa: ve á María. que sale sin reparar en él: se dirige á la orilla del canal, se detiene y se queda contemplándola.**)

ESCENA VII.

RAFAEL y MARÍA á la orilla del canal.

RAFAEL. ¡Ah!
MARIA. ¡Mis ojos,
hoy por la vez postrera
buscad en lontananza,
buscad al que no llega!
RAFAEL. El ánima está absorta
mirando su belleza:
¿qué busca en esa orilla
mi hermosa batelera?
MARIA. ¡Rafael!
RAFAEL. ¿Por qué en tus ojos
las lágrimas se albergan?
¿Quién turba tu alegría,
quién causa tu tristeza?
MARIA. No siempre son las lágrimas
las hijas de las penas,
que á veces la alegría
con lágrimas se expresa.
RAFAEL. Tú sufres y ocultarme
tus sufrimientos piensas,
cuando en tus ojos bellos
yo leo tu tristeza.
MARIA. Traidores son los ojos
que venden á su dueña.
RAFAEL. Pagar quiero el secreto
que amigos me revelan.
Suplícales, bien mio,
que admitan esta ofrenda
que el pescador amante
le da á su batelera.
(**La entrega una caja.**)
MARIA. ¡Muy rico es el aderezo!
RAFAEL. La que lo tiene es reina.

MARIA. ¿Reina?
RAFAEL. De la hermosura.
MARIA. Cortesanía es esa.
RAFAEL. El corazon la dicta.
MARIA. Mejor dirás la lengua.
RAFAEL. Esquiva á fé te encuentro.
MARIA. Adulador te llegas.
RAFAEL. Tu corazon no es mio.
MARIA. Porque no fuí á la iglesia.
RAFAEL. ¿Serálo cuando vaya?
MARIA. Lo habrá de ser por fuerza.
RAFAEL. Mujer que no me adora
no quiero que me ofrezca.
MARIA. (Dame valor, Dios mio.)
¿Te enojas? Buena es esa.
RAFAEL. Lucero de Pasajes,
el ceño esquivo deja,
que de tu rostro encubre
la mágica belleza:
vea en tus labios rojos
una sonrisa tierna,
y una mirada dulce
en tus pupilas negras.
Callas... ¡no te merezco,
ingrata, una respuesta,
cuando por tí daría
gustoso la existencia!
MARIA. ¿Qué quieres que responda
la pobre marinera,
nacida entre estos valles,
criada entre estas peñas?
RAFAEL. Que sienta lo que siento.
MARIA. Yo siento, mas mi lengua
no encuentra las palabras
que el sentimiento expresa.
RAFAEL. Amor las dictaría
si amor por mí sintieras.
MARIA. Amor es ciego y mudo.
RAFAEL. Si á otro amáras...
MARIA. Cesa.
La duda es un agravio
cuando el altar espera.

Yo sé lo que me toca
cuando tu esposa sea.
Mi padre á tí te debe
fortuna y existencia:
mi mano será tuya;
pagar sabré la deuda.

RAFAEL. ¡Perdon! perdon, María:
amor celos engendran;
hijos que ingratos siempre
al ánimo atormentan;
mas pon estos corales
en tu garganta bella.

MARIA. Rafael, guarda esta joya;
María no la acepta.

RAFAEL. Tu esposo seré en breve.

MARIA. Aunque mi esposo seas
jamás en mi garganta
tus ojos han de verla.

RAFAEL. No te comprendo...

MARIA. Escucha.
No hay uno ya en la aldea
que de tu honor no dude
al ver que el oro siembras.
Por dónde vas, preguntan,
quién es?... de dónde llega?...
Rafael, ¿por qué á esa gente
no das una respuesta?

RAFAEL. María...

MARIA. Ese misterio
que por doquier te cerca
te supliqué cien veces
que á mí me descubrieras.

RAFAEL. Huérfano soy! tranquila
reposa mi conciencia:
al que mi honor hiriere
le arrancaré la lengua.

MARIA. ¿Por qué á mí tu secreto
Rafael, no me revelas?

RAFAEL. Secreto que no es mio
callarlo Dios me ordena.

MARIA. Pues estas joyas toma,
porque si en mí las vieran

los mozos, murmuráran
de tu decoro en mengua.
RAFAEL. ¡María! (Hablan en voz baja.)

ESCENA VIII.

DICHOS, JUAN.

JUAN. (¿No lo dije?
es el amor cual yedra,
que encontrando un tronco
se enreda que se enreda.)
Me manda el tio Pablo
á ver si se os encuentra,
porque allí estamos todos
espera que te espera.
MARIA. Entremos, si te place.
RAFAEL. Obedecer es fuerza,
mi hermosa prometida.
(Tambien ella sospecha.)
JUAN. Entremos por si quieren
que váyame á la iglesia.
(Entran todos en la alquería; poco despues sale Diego por el foro izquierda.)

ESCENA IX.

DIEGO, saliendo.

Esa ha de ser la cabaña
que me ofreció el marinero...
Cuanto más lo considero,
por quien soy que más me extraña.
Desierto encuentro el lugar;
en recorrerle me afano,
y no topo un alma á mano
á quien poder preguntar.
Mas tal vez el pescador
me explique esta novedad.
Subamos, que la ansiedad
va redoblando mi amor.
¡Hola! Buen barco, á fé mia:

por su ligero armamento
más veloz será que el viento.
¿Á ver su nombre? ¡María!
(Diego se queda recostado en la barca contemplando el nombre de María. Juanillo sale de la alquería y figura hablar con los de dentro.)

ESCENA X.

DIEGO, JUANILLO.

JUAN. ¡Voy de un brinco!... Si á correr
nadie me gana, de un vuelo...
(Reparando en Diego.)
¡Calle!... parece una estátua
de piedra, sin movimiento.
Dicen que la vestimenta
hace al monje. Forastero
debe ser, porque en Pasajes
nadie gasta esos arreos.
(Pausa, y procura verle la cara.)
¡Que no me voy sin saber
quién es!... ¡Eh! buen hombre, ¿hay sueño?...
DIEGO. (Volviéndose y reconociendo á Juanillo.)
Juanillo. (Se aproxima á él.)
JUAN. ¡Pues me conoce!...
DIEGO. Amigo Juan.
JUAN. Calle... ¡Es Diego!...
DIEGO. Venga esa mano.
JUAN. Yo estoy
en babia. ¡Nos conocemos,
pues si hemos sido los dos
chiquititos hace tiempo!...
DIEGO. Amigos de infancia.
JUAN. Claro,
y de playa. Qué recuerdos
me traes á la memoria.
DIEGO. Sí, sí. Pero dime. El pueblo
he recorrido hace poco
preguntando...
JUAN. Yo estoy lelo,
hombre y... en ¿dónde has estado

que vienes tan peripuesto?...
DIEGO. En Flandes.
JUAN. ¿Y ese lugar
está muy lejos?
DIEGO. Sí, lejos.
Mas... responde...
JUAN. ¡Y trae espada
y calzas de terciopelo!...
¡Tú serás!...
DIEGO. Soy un soldado.
JUAN. ¡Un soldado!... Y lo que semos,
Si para cosas el mundo,
como dice el padre Alberto.
DIEGO. Juan, basta de admiraciones
y escúchame.
JUAN. Suponiendo
que yo vaya á Flandes, ¿crees
que haré fortuna?
DIEGO. Lo creo.
Mas dime...
JUAN. En cuanto te vean
las mozas con ese cuello
de randa y esos mostachos,
se van á chupar los dedos
de gusto, ¿qué, digo algo?
DIEGO. Sí, hombre; pero quisiera
saber...
JUAN. ¿Pues y el tio Pablo?
DIEGO. ¡Su padre vive!
JUAN. Tan terne,
tan campechano y tan serio
como ántes.
DIEGO. Pero dime
dónde viven.
JUAN. No estás viendo
su casa. (Señalando la casa rústica.)
DIEGO. ¡Es esa!
JUAN. La misma.
DIEGO. ¡Oh! (Va á dirigirse y Juan le detiene.)
JUAN. Y ahora que recuerdo
tú serás de la partida.
DIEGO. ¡De la partida!

JUAN. En sabiendo
María que tú has llegado,
te contará entre los nuestros.
DIEGO. Pero ¿qué ocurre? responde.
JUAN. Que se casa...
DIEGO. ¿Quién?
JUAN. Camueso,
María.
DIEGO. ¡María! ¿Con quién?
JUAN. Con el mozo más completo
del rádio.
(Diego se queda abismado; de pronto, pasándose la mano por los ojos, dice en un artanque de desesperacion.)
DIEGO. ¡Nunca! Imposible.
Dios es justo, Dios es bueno,
y no me elevó á la gloria
para arrojarme al infierno.
Pero no, no, tú sabías
que yo la amaba, ¿no es cierto
que has querido divertirte,
burlarte del pobre Diego?...
(Pausa.) Habla, responde, qué esperas.
JUAN. ¡Uy! ¡qué visajes, ¡qué gestos!
DIEGO. Aún callas. Imbécil, habla,
ó vive Dios... (Le coge por el brazo.)
JUAN. ¡Ay mis huesos!
Suelta, que yo te diré
todo lo que pasa.
DIEGO. Presto.
JUAN. Rafael, es un pescador,
hijo é padres encubiertos,
y mejorando el presente
es un mozo de provecho.
Rafael vino hará dos años
á instalarse en este pueblo
y se le estima; aunque nadie
conoce su parentesco.
Vió á María. Ella le vió,
es decir, los dos se vieron.
Rafael le dijo: ¿me quieres?
María contestó: bueno.

El padre dijo: corriente,
y el cura dijo, casémoslos.
Las mozas dijeron: viva,
y yo respondí: me alegro.
Y allí dentro están brindando;
hoy se casan, y *laus Deo.*

DIEGO. ¡Ella de otro!... ¡nunca!... ¡nunca! ..
yo no quiero y no puedo
matar la dulce esperanza
que en la guerra me dió aliento.
¡María! Dí que se engañan.
¡María!... ¡Dí que no es cierto.
¡María!... (Aproximándose á la casa.)

JUAN. ¿Si estará ido?
(Señalando la frente.)
Sí, ¡no hay duda!...

ESCENA XI.

DICHOS, PABLO, que sale.

DIEGO. (Arrojándose á sus piés.) ¡Pablo!

PABLO. (Con asombro y rechazándole.) ¡Diego! (Pausa.)

DIEGO. Señor, de decir me acaban
que vuestra hija...

PABLO. (Dirigiéndose á Juanillo, que se habrá quedado absorto.)
¡Cien truenos!...
¡Imbécil! corre á la iglesia
y que esté todo dispuesto.
(Juanillo le mira asustado y desaparece precipitadamente por la derecha.)

DIEGO. ¡Oh! (Pausa.)

ESCENA XII.

PABLO, DIEGO.

PABLO. En mal hora á esta playa
llegaste.

DIEGO. ¡No, ya no puedo

creer que ella!...
PABLO. (Interrumpiéndole.) ¿Será en breve
esposa de otro?
DIEGO. Primero
que tal suceda, esta daga,
señor, clavad en mi pecho.
PABLO. Mozo, esta tierra abandona.
DIEGO. ¡Nunca!
PABLO. Lo mando, lo quiero.
DIEGO. Ved que con el alma entera
la adoro.
PABLO. Vete, mancebo,
vete, mi hija te aborrece.
DIEGO. ¡Oh! Callad.
PABLO. Yo te detesto.
Sospecho que tu presencia
será de tan mal agüero
como la paloma negra,
como el graznido del cuervo.
¡Oh! si vienes á turbar
la santa paz de este viejo,
maldita sea la nave,
malditos sean los vientos,
malditas sean las olas
que á esta playa te trajeron.
DIEGO. Pensad, señor, que en la guerra
purgué mis pasados yerros,
y que no soy aquel niño
que un dia pudo ofenderos.
Si María no conserva
un recuerdo para Diego,
si ella me aborrece... entónces
me iré. Si me ama... me quedo.
PABLO. Esposa va á ser del hombre
á quien vida y honra debo.
DIEGO. Pero ella juró ser mia.
PABLO. Tú rompiste el juramento
al poner tu torpe mano
en las mejillas del viejo.
DIEGO. Mis pasadas culpas lloro.
PABLO. Yo las ofensas recuerdo.
DIEGO. Mi voluntad es de bronce.

PABLO. ¡Jóven, la mia es de hierro!
UNA VOZ. (Dentro.) ¡Que vivan los novios!
VARIOS. (Id.) ¡Vivan!
DIEGO. ¡Por piedad, señor!
PABLO. Silencio.
DIEGO. ¿Pero si ella me ama?
PABLO. Entónces...
mi maldicion... (Diego le interrumpe.)
DIEGO. (Conmovido.) ¡Deteneos!
(Pausa. Hace un ademan suplicante á Pablo, este le rechaza con una mirada. Diego lucha un momento consigo mismo, y dice:)
Partiré. Adios para siempre.
La muerte en el alma llevo.
(Pablo queda inmóvil en mitad de la escena. Diego se dirige á la derecha á tiempo que sale Juanillo. Este le abraza. María, Rafael, el P. Alberto, Bateleras y Pescadores salen de la alquería.)

ESCENA XIII.

PABLO, DIEGO, JUAN, MARÍA, RAFAEL, el P. ALBERTO, BATELERAS y PESCADORES.

JUAN. ¡Alto ahí!... Á buen tiempo llego.
(Abrazando á Diego.)
DIEGO. ¡Suelta!
(Luchando por deshacerse de sus brazos.)
JUAN. Pues qué, ¿yo soy manco?
PABLO. ¡Imbécil!... el paso franco.
(Colocándose entre los dos.)
JUAN. ¡Muchachas, venid!...
(Las Bateleras corren donde está Diego y le rodean.)
BAT. ¡Es Diego!...
¡Viva!...
(Le rodean saltando y batiendo las palmas.)
RAFAEL. (Á María.) Con el alma toda
mi dicha sin fin bendigo. (Repara en Diego.)
Mas no es aquel el amigo
que he convidado á la boda.
MARIA. ¿Es del lugar?

RAFAEL. Forastero.
MARIA. Servirle es nuestro deber.
RAFAEL. Voy pues.
(María queda con el P. Alberto, Rafael se dirige á donde está Diego, que en vano lucha por deshacerse de las Bateleras y Pescadores que le rodean.)
BAT. 1.ª ¡Quién lo ha é conocer!
ID. 2.ª ¡Qué mostachos!
ID. 1.ª ¡Qué sombrero!
DIEGO. Dejadme.
JUAN. ¡Mira, Ruperta,
qué randa!
(Rafael llega donde está Diego, suplica á las Bateleras que callen con movimiento de mano.)
ALB. (Ap. á María.) Piensa, María,
que aún es tiempo todavía.
MARIA. (Pago una deuda.)
RAFAEL. Mi oferta
ahora os vuelvo á repetir.
DIEGO. (¡Qué hacer!)
PABLO. (Á Diego.) Cumple tu promesa.
DIEGO. Aunque en el alma me pesa
me es imposible admitir.
RAFAEL. ¿Qué causa?...
DIEGO. En este momento
parto de Pasajes.
JUAN. Yo
no quiero.
BAT. 1.ª Ni yo.
VARIAS VOCES. No, no.
RAFAEL. Rehusais mi ofrecimiento?
DIEGO. Sí.
RAFAEL. Pues que acepteis confío.
(Se acerca á María.)
Convídale tú.
PABLO. (Á las Bateleras.) Apartad.
(María llega con el P. Alberto á donde está Diego, las Bateleras abren paso.)
MARIA. Nuestra boda humilde honrad.
PABLO. ¡Maldicion!
MARIA. (Retrocediendo.) ¡Diego!...

DIEGO. (¡Dios mio!)
(Pausa general, Rafael y el P. Alberto contemplan las fisonomias de Diego y María.)
ALB. (¿Qué es esto?)
PABLO. (Á Diego.) Ya mis deseos
te dije: vete.
DIEGO. Adios.
RAFAEL. (Colocándose delante de él y deteniéndole.)
No.
deteneos.
PABLO. ¡Rafael!...
RAFAEL. Yo
lo exijo.
ALB. Sí, deteneos.
PABLO. ¿Qué causa?...
RAFAEL. ¡La preguntais!...
(Señalando á María.)
Miradla escrita en su frente.
MARIA. (¡Qué vergüenza!)
PABLO. ¡Ella consiente!
RAFAEL. Porque vos la violentais. (Á Diego.)
Hablad por Dios, caballero.
DIEGO. Callar aquí es mi deber.
ALB. Ella debe responder.
(Valor, María.)
MARIA. (Yo muero.)
PABLO. (Á María.) Responde ya.
MARIA. (¡Qué tormento!)
PABLO. Esa indecision me humilla.
¡Abrid paso! Á la capilla.
(Coge á María por la mano y se dirige hácia el foro.)
ALB. (Adelantándose y colocándose en medio de la escena.)
Se suspende el casamiento.
(Asombro general.)
PABLO. ¡Padre Alberto!... (Murmullos.)
ALB. (Despues de lanzar una mirada en torno suyo.)
En la eleccion
libre sea la mujer,
que no debo disponer
un padre del corazon.

La que el santo sacrificio
del matrimonio recibe
sin amor, muriendo vive
en el banco del suplicio.

PABLO. ¡Hija! ¿podrás olvidar
lo que le debe este anciano?

MARIA. No, padre, no: esta es mi mano.
Rafael, guíame al altar.

RAFAEL. ¡Oh dicha!

PABLO. Vamos.

DIEGO. (Interponiéndose.) ¡María!...

PABLO. ¡Miserable!

MARIA. (¡Qué tortura!)

DIEGO. ¡Dios maldiga á la perjura!

MARIA. No puedo más.

RAFAEL. ¡Oh!

PABLO. ¡Hija mia!

(Cae María desfallecida en brazos de su padre; las Bateleras le rodean, Rafael y Diego se abalanzan á coger el ramo de violetas que ha caido de sus manos, al encontrarse frente á frente. Diego desnuda su daga, Rafael el cuchillo de monte que lleva en el cinto; lanzándose una mirada amenazadora. El P. Alberto se coloca entre los dos, coge las flores y dice:)

ALB. ¡Atrás! Con ciegos furores
nadie su amor apetezca;
de aquel que más la merezca,
de aquel serán estas flores.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Interior de la cabaña de Pablo. Dos puertas laterales y otra al fondo. La de la izquierda figura ser la habitacion de María: la de la derecha de su padre. Una ventana practicable en el segundo término de la derecha. Al otro extremo hogar con lumbre. Por las paredes, suspendidos de gruesas estacas, algunos objetos de pescador, como remos, cuerdas, redes y armas, entre las que debe hallarse una hacha. Algunos taburetes de madera rústica se verán colocados por la escena convenientemente.

ESCENA PRIMERA.

PABLO, junto al hogar, abismado. RAFAEL al otro extremo. JUAN junto á la ventana del fondo.

RAFAEL. (¡Engañarme así María!
Imposible, no lo creo.)

PABLO. (En hora bien desgraciada
arribó á estas playas Diego.)

JUAN. (Haciendo señas á uno que se supone estar fuera.)
¡Eh! ¿Adónde vas? Si está loco...
querrá colocarse aquí dentro.
¡Qué! Si es capaz... ¡Voto al chápiro!

RAFAEL. (¿Por qué con delirios sueño?
Si fué su primer amor,
nada podrá de su pecho...

borrarlo.)

JUAN. ¡Cuando lo digo!
Desde que se fué del pueblo
gasta unos humos que ya.
¡Qué genio, señor, qué genio!

PABLO. (¡Venir ese hombre de pronto
á romper el casamiento!)

JUAN. ¡Quiá! Si está desesperado.
Si parece un fariseo.

RAFAEL. (Y á pesar de todo, la amo
más aún.)

JUAN. ¡Otra te pego!

PABLO. (¿Qué dudo? Es mi hija y soy
de su voluntad el dueño.)

RAFAEL. (Yo lo que quiero es su amor,
no quiero agradecimiento.)

ESCENA II.

DICHOS, el P. ALBERTO. El P. Alberto aparece en la puerta de la habitacion de María. Pablo y Rafael se dirigen á él.

PABLO. ¡Ah! ¿qué hay?

RAFAEL. Por Dios, decidnos...

PABLO. ¿Cómo sigue?

RAFAEL. ¡Ah, padre Alberto!
por piedad.

ALB. Tranquilizaos:
ha descansado un momento,
y su abatido semblante
va poniéndose sereno.
Mas ¡ay! queremos en vano
poner á su mal remedio,
que males que al alma aquejan
tan solo los cura el cielo.

JUAN. (Parece que se ha aquietado.
Callémonos y escuchemos.)
(Va bajando poco á poco al proscenio, dejando la ventana abierta.)

RAFAEL. Pero ella os ha dicho?...

ALB. Nada;
más ha huido, segun creo,
la paz de su corazon,
de su espíritu el contento.

PABLO. Tanta alegría hace poco,
y ahora lágrimas y duelos.
¡Sino falta!

RAFAEL. Si es posible,
que me permitais, deseo
hablar aquí con María.
Su amor es mi bien, mi sueño
más preciado, y necesito
averiguar el secreto
de toda esta confusion:
porque hoy, que placentero
se me abría un paraiso,
me he encontrado en un infierno.
¿De dónde vino ese hombre
que así turba mi sosiego?
¿Por qué al mirarle María
quedó sin conocimiento?
¿Quién es que con sólo verle
todos quedan tristes, yertos?
¿Y por qué con su presencia
suspende mi casamiento?
Yo necesito saber
la causa de este misterio,
que no en vano de amor arde
la viva llama en mi pecho.

PABLO. Bien. Voy á entrar. La diré
lo que pides...

RAFAEL. Aquí espero.

PABLO. Y harto sabes, Rafael,
que mi más ferviente anhelo
es que María sea tuya.

RAFAEL. Yo quiero el consentimiento
de María ántes que todo,
quiero un *sí* de ella, no vuestro.

ALB. Entra, Pablo, que muy pronto
todos la verdad sabremos.

JUAN. Me parece que yo aquí
no haré ya falta, á lo ménos...

ALB. No, Juan, puedes retirarte.
JUAN. Voy á decir por el pueblo
que ya está buena María.
(De camino diré á Diego
lo que pasa.) Ya se ve.
Echo á correr y en un vuelo,
desde el más chico al más grande,
muchachos, mozos y viejos,
todos saben la noticia.
ALB. Entra, Pablo.
PABLO. (Dirigiéndose á la habitacion de María.)
Sí, al momento.
JUAN. Pues yo me marcho, y así
tomo las de Villadiego.
(Váse Juan por el fondo. Pablo entra en la puerta la lateral derecha.)

ESCENA III.

! L P. ALBERTO, RAFAEL.

RAFAEL. (Sí, sí, hablarla es preciso.)
ALB. ¿Tú la amas?
RAFAEL. ¡Que si la quiero!
Más que amó el padre primero
su perdido paraiso.
ALB. Hijo, torpe vanidad
nunca tus deseos ciegue,
que no es bien que ella te entregue
la mano sin voluntad.
Si en su frente ves escrito
el dolor que á su alma acosa,
no la admitas por esposa,
ahoga de tu amor el grito.
Lazos que el cariño estrecha
ante las aras de Dios,
la dicha llevan en pos;
mas si el amor los desecha,
fuente de eterna amargura
van libando sin cesar,
que empieza al pie del altar

y acaba en la sepultura.
RAFAEL. El amor raya en delirio
que por ella el alma siente;
y nunca pondré á su frente
la corona del martirio.
Amor grande, verdadero
es el que á mi pecho inflama:
si de ese modo no me ama,
por esposa no la quiero,
que ántes que verla penar
á mi negra suerte unida,
aunque me cueste la vida
pondré entre los dos el mar;
y nunca temais, señor,
que de su dicha la prive,
porque del alma recibe
sus impresiones mi amor.
Si no me ama, aunque afligido,
sabré estas playas dejar,
que para saberla amar
sobra el ser correspondido.
ALB. Bien, hijo, resignacion
tu recta virtud exige:
si el ser tu esposa le aflige
domina tu corazon.
RAFAEL. ¡Padre!
ALB. Ven á mis brazos.
RAFAEL. (Abrazándole.) ¡Ah!
ALB. Del bien por la senda avanza.
RAFAEL. Quién sabe si una esperanza
mañana mi amor será!

ESCENA IV.

DICHOS, MARÍA, PABLO, por la derecha.

ALB. Ella es: ¡valor!
RAFAEL. La agonía
ved sobre su rostro impresa.
PABLO. (Á María.) Que no olvides tu promesa.

MARIA. Vuestra hija soy.
RAFAEL. (Adelantándose.) María...
por fin te miran los ojos
que temieron por tu vida.
MARIA. Pasados males olvida.
RAFAEL. ¡Olvidar! Cuando los rojos
matices que admiré amante
en tus mejillas ayer,
tal vez no tornen á ser
claveles de tu semblante.
ALB. (Á Pablo.) Vamos, pues, que á mi entender,
si amor sus pechos abriga,
bien es que el amor les diga
cómo deben proceder.
PABLO. Adios, María. Rafael
se queda en tu compañía.
MARIA. ¿Os vais, señor?
ALB. Sí, María.
(Piensa en tí.)
MARIA. (Despues que han desaparecido el P. Alberto y Pablo, ve á Rafael, que se habrá quedado junto al proscenio y dice:)
(Se queda él.)

ESCENA V.

MARÍA, RAFAEL. Pausa.

RAFAEL. (Y por qué esta confusion?
Quiero hablar y no me atrevo.)
MARIA. (¡Ay... sola con él, y debo
oirle! Resignacion. (Pausa.)
RAFAEL. (Acabemos ya.) ¡María,
ese silencio me mata!
¿Por qué esa pena insensata?
¿Por qué esa melancolía?
Mas mi loco frenesí
con esa tristeza inflamas.
María, María, tú amas,
pero no me amas á mí.
MARIA. ¡Rafael!

RAFAEL. Tú amas, María;
tú amas, amas con delirio,
y comprendes el martirio
que destroza el alma mia.
No, tú no comprenderás
ese amor que el alma aspira.
Sólo gratitud le inspira
y nada más, nada más.
Eso á mi loco entusiasmo
no basta; es la gratitud
para la fé una virtud,
para el amor un sarcasmo.
Sólo á mi acerbo dolor
guarda ese afecto María,
que más cerca todavía
está el odio del amor.
Si tú mi alma sondearas,
si tú mi afan comprendieras,
ó loca me aborrecieras
ó ciega me idolatraras.

MARIA. ¡Cuánto sufro!

RAFAEL. Escucha, y mira
que si es un torpe agravio
la mentira, es en tu labio
más que agravio la mentira.
Alimentara mi amor
envenenándome el alma,
para que en pos de esa calma
fuera el tormento mayor.
Cuando aspirando la esencia
de tu perfumado aliento,
torcedor remordimiento
desgarrase tu conciencia;
cuando al decirte sencillas
palabras de amor ardiente,
una lágrima imprudente
sorprendiese en tus mejillas.
Y al ver tan fria tibieza,
con acento cariñoso,
te preguntara tu esposo
la causa de esa tristeza,
¿qué dirías á su amor?

¿cuál tu respuesta sería?

MARIA. (¡Gran Dios!)

RAFAEL. La que ahora, María,
el silencio del dolor.
No tienes de mí piedad.

MARIA. ¿Quién te asegura que yo?...

RAFAEL. Entónces... pero, no, no,
tú no me amas.

MARIA. (¡Es verdad!) (Pausa.)

RAFAEL. ¡Oh siempre así! siempre así,
triste... y...

MARIA. Quimeras extrañas.
Yo... yo soy feliz.

RAFAEL. Me engañas,
tú feliz!

MARIA. Mucho. (¡Ay de mí!)

RAFAEL. ¿Eso es de veras, María?

MARIA. Gustosa al altar iré.

RAFAEL. ¡María!

MARIA. Tuya seré.

RAFAEL. ¡Oh!

MARIA. Tuya, sí.

RAFAEL. Mia, mia.
Repite por compasion
esa dulcísima frase
y haz que en puro amor abrase
de nuevo mi corazon.
¡Mas... que siempre en tí halle yo
esa expresion de amargura,
¡ay! apenas la ventura
que el alma en sueños forjó
loca de placer alcanza,
cuando contempla indecisa,
en esa triste sonrisa
la muerte de su esperanza!

MARIA. Mi palabra no es dudosa
y es temerario capricho...
Ya te he dicho...

RAFAEL. Sí, me has dicho...

MARIA. Que consiento... en ser tu esposa.
(¡Oh, me está ahogando el dolor!)

RAFAEL. Tú tú mi esposa, ¡oh placer!

MARIA. Cumplo así con mi deber.
RAFAEL. ¿Nada más?
MARIA. Y... con mi amor.
RAFAEL. Perdon, María, perdon,
no cometí al enojarte
otro crímen que adorarte
con todo mi corazon.
¡Maldita mi duda sea!
Me amas como yo deseo:
sí, sí, lo creo, lo creo,
es preciso que lo crea.
¡Y yo dudé de tu amor!
de tu amor, mi dulce dueño:
me ama, me ama, no es un sueño,
me ama!
MARIA. (¡Hay desdicha mayor!)
RAFAEL. Mucho padecí, es verdad;
pero en fin, de todos modos
vencí al fin mi adversidad:
quiero que todos, que todos
sepan mi felicidad.
Sí; loco estoy de alegría.
MARIA. (¿Si á solas con mi tormento
me dejase?)
RAFAEL. Vida mia;
adios, volveré al momento.
MARIA. (¡Ah! por fin...)
RAFAEL. Adios, María.

ESCENA VI.

MARÍA sola.

¡Valor! Resignarme debo
y olvidar lo que fué un dia.
No te apenes, alma mia,
valor, corazon, valor.
Sólo resta á mi destino
sufrir de mártir la palma,
y guardar dentro del alma
las reliquias de mi amor.

Sí: en el fondo de mi pecho
por siempre estará escondida
la pura ilusion querida
que fué mi encanto otra vez:
ó en la noche silenciosa,
recordando sus dulzores,
lloraré por los amores
de la tranquila niñez.
Madre, que en el cielo moras,
apiádate de mi duelo,
bríndame paz y consuelo,
duélete de mi dolor.
Ya que se nubló en mi frente
el iris de la ventura,
enjuguen tu mano pura
las lágrimas de mi amor.

ESCENA VII.

MARÍA, DIEGO, saltando por la ventana.

MARIA. ¡Jesús! (Retrocediendo asustada.)
DIEGO. ¡No temas. (Cierra la puerta.)
MARIA. ¡Diego!...
¡Vete!...
DIEGO. María,
vengo á saber la suerte
que me destinas.
(María se dirige á la puerta de la derecha, Diego saca la daga, y apoyando la punta sobre su corazon, se coloca delante de ella, dice:)
Como te alejes,
por mi madre, áquí mismo
me doy la muerte.
MARIA. ¡Oh!
(Se queda inmóvil cubriéndose la cara con las manos.)
DIEGO. (Pausa.) En la falda del monte
llamado Ulia,
entre rudos peñascos
se alza una ermita;

y allí se alberga
la inmaculada Vírgen
de la Clemencia.
Ante los piés postrada
de la *Madona*,
¿no me dijiste un dia,
seré tu esposa?
Pues bien; yo vengo,
á exigirte que cumplas
el juramento.

MARIA. Imposible, ¡ya es tarde!

DIEGO. ¡Tarde! perjura,
para el que firme adora
no es tarde nunca.

MARIA. Diego, tú un dia
rompiste el juramento
que hice en la ermita.

DIEGO. Si me mira á sus plantas
arrepentido;
si á mis ruegos el tuyo
unes, bien mio;
tu padre es bueno,
y el perdon de mis culpas
alcanzaremos.

MARIA. Diego, no esperes nunca
que te perdone;
vete, vete, pues temo
que á casa torne.

DIEGO. Venga en buen hora:
que viva ó muera Diego
dí, ¿qué te importa?
Tu amor tuvo la vida (Pausa.)
de las estrellas,
que en la noche que nacen
la tumba encuentran;
amor ligero
como el canto del ave
que lleva el viento.
Mi amor es como el roble,
do nace crece,
y va echando raices
hasta que muere.

Maldita sea
la mujer que se olvida
de su promesa.

MARIA. Al hombre que desea
llamarme suya,
mi padre está debiendo
vida y fortuna.

DIEGO. Si amor no sientes,
con tu amor esa deuda
pagar no puedes.

MARIA. Yo soy su prometida.

DIEGO. Vana promesa,
si del amor no es hija.

MARIA. ¡Cómo romperla!

DIEGO. ¿Cómo? ¡perjura!
¿no rompiste la mia?
rompe la suya.

MARIA. ¡Imposible! no puedo!

DIEGO. Dí que le quieres.

MARIA. La gratitud lo exige.

DIEGO. Dame la muerte.
¡Ay! quién creyera
que así me olvidaría
mi batelera!

MARIA. (Dichoso del que puede
llorar sus penas.)

DIEGO. (¡Ay del que ama y tan sólo
desden encuentra!)
Tu amor fué un sueño;
y tus promesas humo
que llevó el viento.
Por tí busqué en la guerra
gloria y fortuna.
Á los campos de Italia
parto, perjura,
do pronto espero
que una bala enemiga
rasgue mi pecho.
¡Adios!

MARIA. Diego, detente.

DIEGO. Mujer, ¡aparta!
¡Qué me importa la vida

si su amor matas!

MARIA. ¡Tu amor aún vive!

DIEGO. ¡Será verdad!...

(Diego corre hácia María, esta le rechaza con dureza.)

MARIA. No, vete,
que ya no existe.

DIEGO. Permita Dios que llores (Pausa.)
duelos prolijos,
tan amargos y tantos
como los mios.
Y cuando mueras,
por el mismo que adores
maldita seas!...

(Diego se dirige hácia la puerta del foro, María dice los versos que siguen dirigiéndose al cielo. Al concluir, Diego corre hácia ella precipitadamente y la coge una mano.)

MARIA. Tú que desde los cielos
ves mi amargura,
madre del alma,
ven en mi ayuda:
Pues yo no puedo
aborrecer al mismo
que estoy queriendo.

DIEGO. ¡María!

MARIA. ¡Oh Dios! qué he dicho!

(Llaman á la puerta del foro.)

¡Ah! llaman, vete.

DIEGO. Me amas.

MARIA. Vete.

DIEGO. Responde.

MARIA. ¡Vírgen, valedme!

DIEGO. Me amas.

MARIA. No puedo.

DIEGO. Entónces...

MARIA. Tente.

DIEGO. Aparta.

MARIA. ¡Ah! ¡Padre Alberto!

(Diego rechaza á María y corre á abrir la puerta, en la que aparece el P. Alberto; María corre hácia él, el cual la recibe en sus brazos quedándose

mirando á Diego, que se habrá quedado junto á la puerta del foro. Pausa, durante la cual el Padre Alberto cierra la puerta del fondo.)

ESCENA VIII

DICHOS, el P. ALBERTO.

ALB. ¡María! ¡Diego!
DIEGO. Señor...
ALB. Desde la huerta cercana
te ví entrar por la ventana,
teniendo en poco su honor.
El que ama con noble intento
nunca falta á su deber,
que la honra de la mujer
la empaña hasta un pensamiento.
Dios, para aliviar los males
en un rasgo de clemencia,
el amor, de él mismo esencia,
vertió sobre los mortales.
Y aquel que torpe y menguado
al ángel que ama ha ofendido,
ni amor nunca ha conocido,
ni es digno de ser amado.
DIEGO. Advertid...
ALB. Tu torpe accion
al ángel que amas humilla.
MARIA. Señor.
ALB. Dobla tu rodilla,
Diego; pídele perdon.
DIEGO. Su imágen grabada llevo
en mitad del alma mia,
mas sabed que aquí venía...
MARIA. ¡Ah! (Como queriendo evitar que hable.)
ALB. De rodillas, mancebo.
(El P. Alberto coge á Diego por el brazo, y le obliga á que se arrodille á los piés de Maria. Pausa.)
DIEGO. Si Diego pudo ofenderte,
aquí su sentencia espera:
si tu dicha está en que muera,

habla, y se dará la muerte.

MARIA. Padre, le perdono, sí,
aunque á mucho se ha arriesgado;
y ahora que le he perdonado,
perdonadme vos á mí. (Cae á sus piés.)

ALB. ¡Á tí!

MARIA. Yo al pié del altar
de amor hice una promesa;
como en el alma está impresa,
¡ay! no la puedo arrancar.

ALB. ¿Pero tú le amas?

MARIA. Señor...

DIEGO. Recuerda tu juramento.

ALB. Responde.

MARIA. Aquí (El corazon.) luchar siento
la gratitud y el amor:
que yo no puedo olvidar
al primer hombre que un dia
vino á decirme que habia
otro aire que respirar.
Y encendiendo aquí una llama
corrió de mi vista el velo,
diciendo, mira ese cielo;
amor el mundo lo llama.
Campo de flores cubierto,
paraiso sin segundo,
sin el cual fuera este mundo
ancho páramo desierto.
Por ese amor arrullada,
que mi ser desconocía,
llegué al declinar el dia
al pié de una ara sagrada.
Y allí sin temor ni miedo
fijé en la Vírgen mis ojos,
y una promesa de hinojos
hice que cumplir no puedo.
Promesa de maldicion
que rompe el hado tirano,
pues no puede ser mi mano
de quien es mi corazon.

ALB. Aún eres libre, María.

MARIA. Él á mi padre ofendió.

DIEGO. Ofendiéndole hice yo
lo que un hijo hacer debia.
ALB. La boda otorgar no quiero
si te ha de hacer desgraciada.
MARIA. Su palabra está empeñada.
ALB. Pero tu dicha es primero.
PABLO. Abre, María. (Dentro.)
MARIA. ¡Es mi padre!
ALB. No temas y espera aquí!
(Señalando la puerta de la izquierda.)
Allá tú. (Á Diego la de la derecha.)
Le prometí
velar por ella á su madre.
Si Pablo quiere indiscreto
darle sin amor esposo,
descubrir será forzoso
de su existencia el secreto.

ESCENA IX.

EL P. ALBERTO, PABLO.

PABLO. (Despues de mirar en torno suyo.)
(¡Solo!) Señor, parecióme
oir la voz de María.
ALB. Aquí estaba.
PABLO. Entónces, padre,
¿por qué mi presencia evita?
¿No me ama ya? Por ventura
miedo ó desprecio le inspira
¡el que cuidó de su infancia,
al que le debe la vida.
ALB. Pablo, las dudas desecha
que la infaman y te humillan:
si se ausentó cuando entrastes
culpa no es suya, que es mia,
y á obrar de aquesta manera
sólo su dolor me obliga,
pues viendo estoy en sus ojos,
en sus pálidas mejillas,
que hondas raices ha echado
en su corazon de niña,

el amor, que en su despecho
la vende hasta en su sonrisa.

PABBO. Hijos son vuestros recelos
del cariño que os inspira.

ALB. Respóndeme á esta pregunta:
¿Pablo, amas á tu hija?

PABLO. ¿Que si la amo? No ama el ciego
á la clara luz del dia,
ni el pez al agua, ni al sol
el campo que fecundiza,
ni la abeja á su colmena,
ni las flores á la brisa,
ni el águila al firmamento
como yo amo á mi María.
¡Amarla!... cuando sus ojos
son espejos do se mira
este anciano! ¡Que si la amo!...
cuando es alma de mi vida!
Señor, nunca esas preguntas
á un padre se le dirijan,
que si como á hombre le ofenden,
como á padre le lastiman.

ALB. Pues bien, ahora una prueba
dame de eso amor.

PABLO. Pedidla.

ALB. Hace tres años que al pie
de un altar hizo María
un juramento de amor.

PABLO. Padre, pensad que ella misma
aquí, hace poco, á Rafael
prometió...

ALB. Ella mentía.

PABLO. Señor...

ALB. Si su juramento
rompe, y al altar camina
resignada como el mártir,
es porque á ese hombre le liga
la gratitud, no el amor;
será en vez de esposa, víctima
que al morir besa y bendice
el puñal que le asesina.

PABLO. Ella olvidó esos amores.

ALB. Si quieres hacer su dicha,
Pablo, cásala con Diego.
PABLO. Nunca.
ALB. Agravios olvida.
PABLO. Señor, Rafael hace poco
me dijo que consentía
en ser su esposa, y veloz
fué á buscaros á la ermita;
mas para salir de dudas
llamémosla, y ella misma
podrá decir...
ALB. No, detente:
si la gratitud la obliga
á agradecer, siendo honrada,
¿cómo quieres que ella elija?
PABLO. Libre tiene la eleccion;
que su voluntad no inclina
la gratitud de mi pecho.
ALB. No la tiene, que una hija
por pagar deudas de un padre
no paga las de ella misma.

ESCENA X.

DICHOS, RAFAEL.

RAFAEL. ¡Ah! por fin logré encontraros.
PABLO. (¡Rafael!... Su venida ansiaba.)
RAFAEL. Padre, hablaros deseaba
y á la ermita fuí á buscaros.
Mas no encontrándoos, creí
que en esta casa os vería,
y en alas de mi alegría
vengo á buscaros aquí.
Padre, recobrad la calma
y desarrugad el ceño,
que María me hace dueño
de su mano y de su alma;
pues cuando la luz dudosa
anuncie el alba vecina,
al pie del ara divina

contenta será mi esposa.
(Pausa. Rafael, viendo la inmovilidad de los dos ancianos, les contempla por un momento.)
Vuestro silencio me extraña.
¿No os conmueve mi alegría?
¿Acaso mintió María?
¿Acaso mi amor se engaña? (Pausa.)
Hablad y no temais, no,
dejar de un golpe deshecho
mi corazon, que está hecho
á sufrir desque nació.

ALB. ¡Pobre mozo!

PABLO. La sorpresa
de tí aparta: ella te adora.

ALB. ¡Pablo!

PABLO. Y al nacer la aurora
te cumplirá la promesa.

ALB. Rafael, si deuda de honor
á ser tuya la obligara...

RAFAEL. Padre, yo no la aceptara,
no la quiero sin amor.
(Diego aparece en la puerta de la izquierda, y adelantándose á Rafael, dice:)

ESCENA XI.

DICHOS, DIEGO.

DIEGO. Pues no la obligueis jamás
á jurar lo que no siente.

PABLO. ¡Diego!

RAFAEL. ¡Él aquí!

ALB. (Imprudente!)

PABLO. ¡Miserable!
(Se abalanza á coger un hacha de armas. El P. Alberto se coloca delante de él.)

ALB. Pablo, atrás.

PABLO. Señor... la ira me abrasa.
Dejad que mate al que tiene
en poco mi honor, y viene
á asaltar así mi casa.

(El P. Alberto le quita el arma, mientras que Diego se adelanta con humildad.)

DIEGO. Calmaos por Dios, anciano:
si esta mano os ha ofendido.
(Extendiendo el brazo en direccion de Pablo.)
á pagar aquí he venido
la ofensa. Cortad mi mano.
Mutiladla. No os dé enojos,
que á más de lavar mi mengua,
ni soltará un ¡ay! mi lengua
ni una lágrima los ojos.
Y ved que la honró su alteza
y el rey sin tenerlo á enojo,
que ella del pirata rojo
supo cortar la cabeza.

RAFAEL. (¡Qué dice!...)

ALB. ¿Tú fuiste?

DIEGO. Yo.
En medio la mar bravía,
cuerpo á cuerpo luché un dia
con él: á mis piés murió.
Llámóme el rey á su lado
de mi valor satisfecho;
puso él mismo en este pecho
esta banda que me ha honrado.
Ved si merezco el perdon
y la mano de María.

RAFAEL. (Le mató. Su vida es mia,
le arrancaré el corazon.)

PABLO. Jamás. Nunca olvidaré.
Aún quema en mi faz tu mano.

DIEGO. Pensad que á mi madre, anciano,
que afrentásteis vos, vengué.

ALB. Su valor lo borra todo:
que el rey le honró considera.

PABLO. ¿Qué me importa? Si el rey fuera
obrara del mismo modo.

ALB. Pablo, piensa que tu hija
le ama.

PABLO. (Asombrado.) ¡Le ama!
(Corre á la puerta de María.)

ALB. ¿Adónde vas?

PABLO. ¡María!...

ALB. ¡Detente!

PABLO. ¡Atrás!

ALB. ¡Pablo!

PABLO. Yo quiero que elija.

ALB. No consiento.

PABLO. ¡Dios de Dios!

(Entrando precipitadamente en la habitacion. Rafael se dirige á Diego y le dice en voz baja:)

RAFAEL. Esperadme junto al rio.

DIEGO. Bien está.

ESCENA XII.

DICHOS, MARÍA, PABLO.

MARIA. Padre... ¡ah, Dios mio!

PABLO. (Conduciendo bruscamente á su hija hasta la mitad del teatro.)
Elige de entre los dos. (Pausa.)
Elige.

MARIA. ¡Padre, piedad!

PABLO. ¡Elige!...

MARIA. (¡Hay mayor tortura!)

ALB. No labres su desventura.

RAFAEL. ¡No torzais su voluntad!

ALB. Yo prohibo su eleccion
al mirar su desconsuelo:
si la violentas, del cielo
te caiga la maldicion.

TODOS. ¡Ah!... (Momento de pausa.)

ALB. (Coge á María de la mano y dice á Diego.)
Reune á los ancianos,
sólo á ellos juzgar les toca:
tú á la ermita de la roca.
María, ven. De sus manos,
hija, á mi pesar te arranco.

MARIA. Señor...

ALB. Sígueme y confía.

PABLO. ¡Oh! no os lleveis á María:
no quiero, no.

ALB. (Saliendo con María por la puerta del foro.)

El paso franco.

RAFAEL. (Á Diego precipitadamente.)
Esta noche.

DIEGO. (Saliendo.) Allí estaré

PABLO. Con ella se va mi alma.

RAFAEL. Anciano, cobrad la calma.

PABLO. ¡Ay de mí!
(Pablo se deja caer en uno de los taburetes que habrá junto á los hogares, y se cubre la cabeza con las manos. Rafael le mira un momento, luégo dice con ira reconcentrada acariciando el cuchillo que lleva al cinto.)

RAFAEL. Le mataré.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un valle rodeado de colinas. En mitad del escenario se alza un promontorio de rocas, en el centro de las cuales se verá un hueco á manera de cueva ó capilla rústica, dentro de la cual se halla una Vírgen de talla grande, alumbrada por una lámpara de bronce. Á los piés de la Vírgen hay una pila de agua bendita, y dentro de esta estará el ramo de violetas. Á los lados de la capilla dos gruesas argollas de hierro. Á la derecha se ve una casita rústica con puerta y ventana practicable y junto á esta una cruz de piedra. Á la izquierda la fachada de una ermita. Dos hileras de cipreces, que nacen al pie de las gradas de la ermita y se pierden por el foro derecha, figura marcar el camino que conduce al pueblo. Algunas rocas colocadas alrededor de la capilla sirven de banco á los actores en ciertas escenas. El acto comienza al declinar el sol.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, saliendo por el foro.

¡No puedo más!
(Se sienta en una de las piedras que habrá alrededor de la capilla.)
Tú eres siempre,
Juan, el palo de la gaita,

y segun te lleva y trae
la gente de la comarca,
ó desciendes de judío,
ó bien de perro de caza.
Juanillo... vamos á cuentas:
Diego te ha dicho: «Si tú hablas
con María, y te promete
asomarse á la ventana,
te regalo doce escudos.»
Que unidos á los de marras
puedo llegarme á la Rufa
y decirle... ¡Oye, muchacha!
tú me petas; si te peto
á que nos pongan la albarda,
porque francamente, á mí
el casarme me hace falta.
Al oir estas razones
que le han de llegar al alma,
ó bien me encaja una coz.
ó bien su mano me encaja.
Conque al avio, María
está allí depositada,
(Señalando la casa derecha.)
me acerco, llamo y... Juanillo...
con el cura pocas chanzas.
Prohibido está el acercarse
hasta que los viejos hayan
decidido. Si me pillan
y me descomulga el Papa,
¿qué hago? ¿Qué? Bah!... de cobardes
no se escribe; pecho al agua.
(Se acerca á la casa de la derecha. El P. Alberto sale de la ermita, y llegando adonde está él, le pone la mano en el hombro, á tiempo que mira Juanillo por la cerradura.)

ESCENA II.

EL P. ALBERTO, JUANILLO.

ALB. ¡Juan!

JUAN. (¡Jesucristo me ampare!)
ALB. ¿Qué hacías aquí?...
JUAN. ¡Yo!... Nada.
ALB. No mientas...
JUAN. ¡Yo! ¡Padre Alberto!
ALB. En tus ojos se retrata
el deseo de encontrar
la mentira.
JUAN. Sí... yo...
ALB. Basta.
Pues si ha de mentir tu lengua,
más vale que esté callada.
Dios maldice al temerario
que esos dinteles traspasa.
Te impongo la penitencia
ya que así á tu deber faltas,
de que arda por cuenta tuya
cinco dias esa lámpara.
JUAN. Arderá.
ALB. Ahora colócate
del monte Ulia en la falda,
y cuando á los viejos veas,
me anunciarás su llegada.
JUAN. Lo haré así, señor. (Juanillo
paga aceite, y no te casas.) (Váse foro.)

ESCENA III.

P. ALBERTO.

Sí, mi deber me lo ordena;
cuando otro remedio no haya,
yo descubriendo el secreto
término pondré á sus ánsias.
Si á tu hija me encomendaste
al morir ¡madre! ¡descansa!
¡yo sabré velar por ella,
yo sabré enjugar sus lágrimas!
(Llama á la puerra de la derecha.)

ESCENA IV.

DICHO, MARÍA, que sale de la casa.

ALB. Abre, María, soy yo.
MARIA. ¿Vísteis á mi padre?
ALB. Sí.
MARIA. Hablad, ¿se acuerda de mí?
ALB. Mis palabras escuchó;
y aunque montaraz se aferra
muchas veces sin razon,
hablándole al corazon
la paz prefiere á la guerra.
MARIA. ¿Me aborrece?
ALB. No, hija mia,
Dijo al oir mis consejos:
«Al tribunal de los viejos
toca juzgar á María:
que elija como le cuadre;
y si aquí quiere tornar,
un sitio tendrá en mi hogar,
que ántes que todo soy padre.
Mas que le advirtais os pido,
por si es que acaso lo olvida,
que á uno le debo la vida
y que el otro me ha ofendido.»
MARIA. Es verdad, sí, yo no quiero,
no debo olvidar su honor;
entre mi padre y mi amor
mi padre será primero.
ALB. Cuando el sol su ardiente lumbre
oculte tras las colinas,
los viejos á estas ruinas
vendrán, segun su costumbre.
El tiempo, pues, no perdamos
y de lo que importa hablemos,
que es bien que ahora concertemos
lo que decirles debamos.
MARIA. Padre, en mi pecho la calma
que ha de renacer presiento,
vencerá agradecimiento

las impresiones del alma.
Yo sabré con mano fuerte
arrancar á su despecho,
este necio amor del pecho
que me está dando la muerte.

ALB. María, vano es tu anhelo;
el amor que á un alma hiere,
cuando la materia muere
con el alma sube al cielo.

MARIA. Señor, si la horrible lucha
comprendeis de esta mujer,
decidle: ¿qué debe hacer?

ALB. (¡Y piensa olvidarle!...) Escucha,
y responde cual si á Dios
tus palabras dirigieras:
si huérfana y libre fueras,
María, ¿á quién de los dos
la mano de esposa dieras?

MARIA. Señor...

ALB. Responde sin miedo.

MARIA. Á ser libre... Diego fuera
el esposo que eligiera...
pero elegirle no puedo.

ALB. María, tu mano ofrece
al que adoras sin temor,
que es la mujer sin amor
árbol que sin sombra crece.
Si tuerces tu inclinacion
piensa que vivir te toca
con la sonrisa en la boca
y el llanto en el corazon.

MARIA. Sabré ocultar mis enojos
con el manto de la calma.

ALB. Hija, los males del alma
escritos van en los ojos.
Dando tu mano al que amas
amor con honra le ofreces;
mas dándola al que aborreces
te deshonras y le infamas.

MARIA. ¡Padre, no me abandoneis!

ALB. ¡Yo abandonarte, hija mia!
Por verte feliz daría

mi vida.

ESCENA V.

DICHOS, JUAN, precipitadamente por el foro.

JUAN. Ahí los teneis
muy cerca de la montaña.
ALB. Entra ya.
MARIA. ¡Destino fiero!...
ALB. Ten confianza.
(Acompaña á María hasta la puerta de la casa, ella entra.)
JUAN. El pueblo entero
á los viejos acompaña.
(Se dirige al foro. El P. Alberto se queda junto á la puerta.)
ALB. Pobre niña, que se ofrece
al sacrificio gustosa...
¡Dios mio! hacedla dichosa,
pues ser dichosa merece.
(Aparecen en el fondo Rafael, Diego y Pablo. Los primeros llevan dos teas encendidas, el otro un libro de los Evangelios. Detrás le siguen cinco ancianos, á los cuales rodean una multitud de mujeres, niños y gentes del pueblo.)

ESCENA VI.

EL P. ALBERTO, PABLO, RAFAEL, DIEGO, JUAN. UN ANCIANO, mujeres, gente del pueblo.

ALB. Dios proteja á los ancianos.
ANC. Dios proteja al buen pastor.
(Rafael y Diego colocan las teas en unas argollas de hierro que habrá junto á la Virgen de la Peña. Pablo deja el libro abierto encima de la pila del agua bendita. Los Ancianos se acercan á la capilla rústica y el pueblo queda en el fondo.)
Podeis llamar á María.
(El P. Alberto entra en la casa y sale con María.)

RAFAEL. (Quiero hablaros.) (Ap. á Diego.)
DIEGO. (Y yo á vos.) (Id. á Rafael.)
RAFAEL. (Cuando termine.)
DIEGO. (Os comprendo.)
MARIA. (¡Ay de mí!) (Saliendo.)
ALB. Á tu lado estoy. (Á María.)
MARIA. ¡Padre! (Á Pablo.)
PABLO. María, no olvides
ni la ofensa ni el favor.
ANC. ¡Niños, mujeres, ancianos.
de rodillas ante Dios!
(Todos se arrodillan y se descubren.)
Vírgen y Madre piadosa
de aquel que en la cruz murió,
nuestros padres te pusieron
sobre ese tosco peñon
para que viéndote el mar
aplacase su furor.
Es, como tú, inviolable
y recta nuestra intencion:
ya que aquí el deber nos llama,
Madre santa, guíanos.
(Todos se levantan. El Anciano coge el libro que está á los piés de la Vírgen y con él en la mano se coloca en mitad de la escena.)
Aquel que jurar debiere,
que se acerque sin temor.
(Pablo, María, Rafael y Diego se acercan el Anciano.)
Jurad sobre aqueste libro,
fuente de la religion,
que la verdad direis sólo
por qué aquí se nos llamó.
MARIA. PABLO. RAFAEL. DIEGO. } Juramos. (Extendiendo las manos hácia el libro.)
ANC. Hable primero
de vosotros el mayor.
(Los cinco Ancianos se sientan en las rocas que rodean la capilla rústica. La escena se queda despejada. Pablo se coloca en medio, y dice:)

PABLO. Nobles ancianos, una hija
benigno el cielo me dió.
Dos mancebos solicitan
reinar en su corazon.
El uno puso en mi rostro
su mano y mi deshonor;
el otro por darme vida
su misma vida arriesgó.
Nací con honra, aunque pobre;
viviendo con la honra estoy:
si su mano ha prometido,
su mano prometí yo;
pero á ella elegir le toca
sin torcer su inclinacion,
que las deudas de su padre
no quiero que pague... no.

MARIA. (¡Ay! que sus duras palabras
me rompen el corazon.)

ANC. María, dime si hicistes
una promesa de amor?

MARIA. Es verdad: ante esa Vírgen,
fijo el pensamiento en Dios,
juré ser su esposa un dia.

PABLO. Juramento que rompió
la mano que hirió mi cara.

DIEGO. ¡Pablo! no olvideis que vos (Adelantándose.)
afrentasteis á mi madre.
¿Quién no hiciera lo que yo?
Oidme todos, oidme,
y luégo juzgad mi accion.
Si halláralis sobre la playa
aquella que el ser os dió,
las lágrimas en los ojos,
triste y trémula la voz,
y os dijera: «hijo del alma,
¿por qué le tienes amor
á la hija de Pablo? Pablo
de su casa me arrojó
afrentando mi pobreza,
olvidando que hembra soy:
mas si viviera tu padre
él tornara por mi honor.»

Al verla tan afligida
se extravió mi corazon;
á Pablo busqué, aunque niño,
le hallé, y ciego de furor
perdí el respeto á sus años:
no sé si culpable soy,
mas me arrepiento y le pido
con el alma mi perdon.

ANCIANO. Pablo, perdona á ese mozo;
lo que él hizo, hiciera yo.
(Los Ancianos hablan en voz baja.)

PABLO. Perdonado está.

DIEGO. Yo os juro...

PABLO. Basta.

MARIA. (¡Alienta, corazon!)

RAFAEL. (Yo le mataré: en el mundo
ya no cabemos los dos.)

ANCIANO. Pues que el perdon de tu padre
iguales á ambos dejó,
María, elegir ya puedes
sin torcer tu inclinacion.

PABLO. (Pausa.) Que los Ancianos esperan,
María.

MARIA. (¡Ay de mí!)

ALB. (Valor) (Ap. á María.)

ANCIANO. María, elige.
(Pausa. María despues de mirar á su padre lucha un instante, y luégo adelanta su mano haciendo un esfuerzo.)

MARIA. Á... Rafael.

RAFAEL. ¡Ah! (Con gozo.)

PABLO. Gracias.

DIEGO. ¡María! (Adelantándose.)

MARIA. (¡Oh!...
(Se apoya en el hombro del P. Alberto.)
¡no puedo mas!)

ALB. Nobles jueces,
no es válida la eleccion!
(Murmullo entre la gente del pueblo.)

PABLO. ¿Qué motivo?...

ALB. Su semblante,
sus lágrimas... el temblor

que agita su débil cuerpo,
lo inseguro de su voz,
¿no os dicen que en ella luchan
la gratitud y el amor?
Pues que ambos á dos la obligan,
jueces, ved cuál de los dos
es más honrado, más digno
de ser su esposo.

PALO. ¡Señor! (Adelantándose.)
(El P. Alberto lanza una mirada altiva á Pablo, este se retira: los Ancianos deliberan en voz baja.)
No comprendo...

ALB. Á mí me basta
conque me comprenda Dios.

MARÍA. ¿Qué habeis hecho? (Ap. al P. Alberto.)

ALB. Mi deber.
En tanto que viva yo
sabré defenderte.

DIEGO. (¡Alienta
esperanza!)

RAFAEL. (¡Muere, amor!)

ANCIANO. (Pausa.) Se admite vuestro consejo:
y pues Diego torna hoy
rico á sus lares, y pobre
de sus lares se ausentó,
de ese cambio los motivos
sin tardanza díganos.

DIEGO. Muerta ya mi anciana madre,
méritos buscando yo
para merecer la prenda
que amaba mi corazon,
senté plaza de soldado
en un navío español.
Por entónces desvastaba
nuestras costas un traidor
llamado el pirata Rojo,
él nuestros lares taló
cien veces, su nombre aún suena
cual nombre de maldicion.
Á ese hombre, que nunca tuvo
ni ley ni temor de Dios,

dió caza nuestro navío
en el golfo de Leon:
la cubierta de su nave
con sangre se enrojeció,
y allí sobre la alta popa
de su barco volador,
la cabeza del pirata
mi machete cercenó.
(Murmullo del pueblo.)

MARIA. (¡Ay padre!...) (Ap. al P. Alberto.)

ALB. (Ten esperanza) (Id. á María.)

RAFAEL. (¡Dios mio, dadme valor!)

DIEGO. El rey don Felipe cuarto
á su lado me llamó,
dándome en premio esta banda
con cien doblas de pension.

JUAN. ¿Le echamos un viva?
(Á los que le rodean.)

ANCIANO. Calle
el necio.

JUAN. Ese soy yo.

ANCIANO. Tú no tienes más oficio, (Á Rafael.)
Rafael, que el de pescador;
tú llegastes á Pasajes
un dia al nacer el sol.
Nadie á tus padres conoce;
rico eres; descúbrenos
el misterio de tu vida:
habla, que oirte es razon.

RAFAEL. Mal podré decir, ancianos,
lo que nunca supe yo.
Soy huérfano, mis acciones
juzgad, y juzgais mejor.
Presente está todo el pueblo:
á él preguntadle, á mí no.

ANCIANO. Ya sé que dísteis mil pruebas
de tener buen corazon,
y nos basta conque jures
puesto el pensamiento en Dios,
que no fuiste tornadizo,
asesino, ni ladron.
Que no conociste nunca

al padre que te engendró.
(Le presenta el libro.)
Jura: y si te falta un padre,
tu padre desde ahora soy,
(Pausa. Rafael vacila, se oyen murmullos entre la gente del pueblo.)
Que el juramento esperamos.

RAFAEL. (Se me rompe el corazon
¡Negar á mi padre! ¡Nunca!)

PABLO. (¿Por qué dudas? ¿Dí? (Ap. á Rafael.)

RAFAEL. Señor...) (Id. á Pablo.)

ANCIANO. Jura.

RAFAEL. (¡No puedo!... no puedo!...)
(Murmullos del pueblo.)

ANCIANO. Ya la justa indignacion
ves del pueblo: por la última
vez te invita mi voz.

RAFAEL. (¡Qué tormento! ¡yo perjuro!
prefiero perder su amor.)

MARIA. ¡Padre, su inquietud me admira!

ALB. Me extraña á fé.

ANCIANO. ¿Juras?

RAFAEL. ¡No!
(Despues de un momento de lucha.)

ANCIANO. Al pie de los altares
decídase la eleccion;
nobles ancianos, entremos
en la morada de Dios.
(Los ancianos entran en la ermita, el pueblo se retira hácia el fondo. Rafael abismado á la izquierda. Pablo en el centro contemplándole. María y el P. Alberto á la derecha. En segundo término Diego y Juanillo.)

ESCENA VII.

PABLO, MARÍA, el P. ALBERTO, RAFAEL, DIEGO, JUANILLO, PUEBLO.

(Pablo se acerca pausadamente á Rafael y le dice en voz baja.)

PABLO. Negándote al juramento
mal obraste por tu vida;
pero por eso no olvida
Pablo su agradecimiento.
(Se acerca á su hija, y le dice al pasar por su lado en voz baja.)
Con su desden no taladre
más su corazon mi hija,
y tenga en la mente fija
la promesa de su padre.
(María entra en la casa de la derecha con el P. Alberto; Pablo pasa por delante de Diego sin mirarle y se pierde entre los grupos del fondo.)

ESCENA VIII.

RAFAEL, DIEGO, JUAN, PUEBLO.

RAFAEL. (¡Sí, de Dios la maldicion
ya sobre mi frente estalla!
hijo de un infame... ¡calla!
sufre, muere, corazon.
Te hiere por donde vas
de rechazo su delito;
conciencia, ahoga tu grito,
y no me atormentes más.)
DIEGO. La he de ver. (Á Juan.)
JUAN. Diego, te quemas.
DIEGO. Esperaré entre esas rocas.
JUAN. Piensa que la ira provocas
de los ancianos.
DIEGO. No temas.
En tí confío.
JUAN. Confía.
DIEGO. Toma, y piensa. (Le da un escudo.)
JUAN. Pensaré.
DIEGO. Déjame.
JUAN. Ya te dejo.
(Se dirige al foro. Diego se acerca á Rafael y l toca suavemente al hombro.)

Diego. Aquí estoy.
Rafael. (Dios me lo envía.)
Para que estorbos no hubiera
en las dichas del amor,
¿no os parece lo mejor
que uno de nosotros muera?
Diego. Á vuestro plan me acomodo:
sitio y armas elegid,
porque soy hombre advertid,
muy dispuesto para todo.
Rafael. Junto al desembarcadero
está mi barca amarrada;
á las doce, con la espada
al cinto, en ella os espero.
Con auxilio de los remos,
puesto que el mar está en calma,
á dar expansion al alma
lejos de la tierra iremos.
Allí á morir ó á matar
nos llevará la fortuna:
testigo de ambos, la luna;
tumba del que muera, el mar.
Diego. Me place por vida mia.
Allí estaré.
Rafael. Yo tambien.
Diego. (Amor, en mi ayuda ven.)
Rafael. (Padre, tu valor me envía.)

ESCENA IX.

DICHOS, los ANCIANOS. Los Ancianos salen de la ermita. Uno de ellos cruza la escena y llama á la puerta donde está MARÍA y sale esta con el P. ALBERTO.

Anc. El tribunal decretó
que Diego el esposo fuera;
porque mal casado hiciera
el que á sus padres negó.
María á su vez ahora
si le conviene aceptar,

debe á solas meditar
hasta que nazca la aurora.
DIEGO. (¡Ah! ¡protégeme, destino!)
RAFAEL. (Odio, dí, ¿qué más deseas?)
ANC. Mancebos, coged las teas
y alumbrad nuestro camino.
(Rafael y Diego cogen las teas. Uno de los ancianos el libro de los Evangelios, y seguidos del pueblo desaparecen todcs por el froo, menos:)

ESCENA X.

EL P. ALBERTO, MARÍA.

ALB. Ya lo oiste, en su favor
los ancianos decretaron,
y en realidad se tornaron
tus esperanzas de amor.
Alienta, pues, hija mia;
y de tí desecha enojos,
que ya es tiempo que en tus ojos
torne á asomar la alegría.
MARIA. ¿Qué me importa su eleccion?
¿De qué vale libre ser
cuando la voz del deber
resuena en mi corazon?
«Con su desden no taladre
más su corazon mi hija;
y tenga en la mente fija
la promesa de su padre.»
Esto me dijo, y partió:
ni un adios, ni una mirada,
viéndome desconsolada,
mi dolor le mereció.
Mas mi egoismo provoca
el desden que en mí recae;
deuda que un padre contrae
pagar á un hijo le toca.
Que no es buen hijo ni honrado,
ni Dios le puede ayudar,

el que pudiendo pagar
deje á su padre empeñado.

ALB. ¡María!

MARIA. ¡Señor... no quiero
con mi padre ser ingrata:
si el tiempo mi amor no mata,
morir de pena prefiero.
Á su voluntad me entrego:
aunque mi vida se trunca,
si él no lo consiente, nunca
será mi mano de Diego.

ALB. (Que sepa Pablo es preciso
esta noche mi secreto.)
Escucha, yo te prometo
alcanzar hoy su permiso.

MARIA. ¿Será verdad?

ALB. Sí, María.

MARIA. ¡Oh! si os da el consentimiento,
venid en alas del viento
á calmar la pena mia.

ALB. Entra pues.

MARIA. Que Dios dirija
vuestras súplicas, señor.

ALB. Retírate.

MARIA. Alienta, amor.
(María entra en la casa.)

ALB. Adios. (¡Salvaré á tu hija!)
(Desaparece por el foro derecha. Pablo sale por la izquierda, mira un momento el camino que ha tomado el P. Alberto y baja al proscenio.)

ESCENA XI.

PABLO.

Hácia el pueblo se encamina.
¿Adónde irá? ¿Qué me importa?
Aprovechemos el tiempo,
pues fortuna es, y no poca,
que con su ausencia me deja

hablar con María á solas.
¿Mas por qué con tanto empeño
obstáculos amontona
para destruir mis planes,
para entorpecer la boda?
¿No sabe que á Rafael
amo como á un hijo? ¿Ignora
que la vida y la fortuna
le debo? ¿Pues por qué estorba
entónces mis esperanzas?
¡Dios mio, haced que me oiga
mi hija! (Llama á la ventana.)
Abre sin temor,
soy yo.

MARIA. ¿Quién llama á estas horas? (Dentro.)

PABLO. Un padre que en busca viene
de una hija que le abandona.

ESCENA XII.

PABLO en la escena, MARÍA en la ventana.

MARIA. ¡Padre! ¿Vos aquí?

PABLO. María,
¿acaso el verme te enoja?

MARIA. ¿Enojarme yo, Dios mio,
cuando con el alma toda
bendigo vuestra llegada?

PABLO. María, ¿por qué no tornas
á la casa de este anciano
que con el alma te adora?
Desde que de ella salistes
vivo, hija mia, sin sombra:
mis ojos te buscan siempre,
mas no te encuentran, y lloran.

MARIA. Padre del alma, mandadme,
que ya no hay voluntad propia
en el pecho de María.
Mañana al nacer la aurora,
en vuestra morada humilde

yo tornaré á entrar gozosa;
y pues dice el padre Alberto
que á mi dicha mucho importa
que os vea esta noche, entrad,
padre mio, por si torna,
que desde hoy vuestros mandatos
á mí obedecer me toca.

PABLO. Abre, pues, que hacer tu dicha
sólo tu padre ambiciona.

(María abre la puerta y entra Pablo. La escena permanece un momento sola. Luégo aparece Rafael con un cofrecillo en la mano: se dirige á la ermita, y cuando llega á la puerta sale el P. Alberto por la derecha, desde donde le dice:)

ESCENA XIII.

EL P. ALBERTO, RAFAEL.

ALB. ¿Quién va?

RAFAEL. ¡Ah! ¿sois vos, señor?

ALB. ¡Rafael! ¿Á qué vienes, dí?
¿Tal vez por María?...

RAFAEL. Aquí
no me conduce el amor.
Yo esos umbrales respeto;
no seré por Dios maldito:
vengo, porque necesito
confiaros mi secreto.

ALB. Habla.

RAFAEL. Si al nacer el dia
no me veis á vuestro lado,
en nombre de un desgraciado
esto entregad á María.
Si no lo quiere aceptar
porque ofende su decoro,
remediareis con ese oro
las miserias del lugar.

(El P. Alberto coge el cofrecillo y mira fijamente un momento á Rafael. Pausa.)

ALB. Saber quiero lo que intentas.
RAFAEL. Yo...
ALB. Para obrar de esa suerte
cerca se ha de ver la muerte.
RAFAEL. Señor...
ALB. Mancebo, no mientas.
¿Un duelo?
RAFAEL. (No ha de mentir
(Despues de un momento de lucha.)
la lengua de un caballero.)
Sabed que esta noche espero,
padre, matar ó morir.
ALB. Dios ese duelo prohibe.
RAFAEL. Pensad que una afrenta escrita
con sangre, solo la quita
con sangre, el que la recibe.
ALB. Mozo, la vida no es tuya
de que vas á disponer:
si Dios te la dió al nacer
deja que Dios la destruya.
No te batirás.
RAFAEL. Señor...
ALB. No te batirás, mancebo. (Pausa.)
Te escucho.
RAFAEL. (Haré lo que debo:
ántes que todo es mi honor.)
Dios tan noble y alta cuna
á mi padre quiso darle,
que nadie llegó á igualarle
en blasones ni en fortuna.
Llamóle el rey su privado,
y fué en la córte de España
tan temido en la campaña
como en palacio estimado.
Pero al partido se unió
de los hijos de Lutero,
y el rey Felipe tercero
sus bienes le confiscó.
Al mirarse sin hogar,
pregonada su cabeza,
con indómita fiereza
fijó su imperio en el mar.

Sin temer ni á Dios ni al rey,
desafiando la muerte,
luchó con tan buena suerte,
que fué su capricho ley.
En las costas le temían;
los marinos le admiraban,
y cuando con él topaban
las naves del rey, huían.
Y en quince años de campaña,
que sostuvo con valor,
su nombre sembró el terror
en la marina de España.
Con mi madre en tanto yo
en una aldea vivía,
cuando de su muerte un dia
la infausta nueva llegó.
Su dolor fué tan profundo,
que llamándome á su lado,
me dijo: «hijo adorado,
pronto dejaré este mundo.
Oye, ántes que te abandone:
tu padre sembró la muerte,
tú, siembra el bien sin dolerte
para que Dios le perdone.»
Y con maternal exceso
sobre mi frente imprimió
un beso, y su vida huyó
envuelta con aquel beso.
Entónces vine á esta tierra,
obedeciendo á mi madre.

ALB. Pero el nombre de tu padre...
Rafael, el nombre de guerra.

RAFAEL. El pirata Rojo.

ALB. ¡Él!
¡Él! ¡Tu padre! ¡Dios piadoso!
Cuando él iba á ser su esposo...
¡Bendice á Dios, Rafael!...
y oye... María... es tu hermana.

RAFAEL. ¡Mi hermana!

ALB. Nunca indiscreto
(Bajando la voz y apartándose de la casa.)
le reveles el secreto.

RAFAEL. ¡Gózate, suerte inhumana! (Abismado.)
¡Ella adora al que cortó
la cabeza de su padre!
Madre, respóndeme, madre,
ahora ¿qué debo hacer yo?

ALB. Olvidar...

RAFAEL. Nunca: la muerte
se levanta entre los dos.

ALB. Para que perdone, Dios,
que hagas su dicha te advierte.

RAFAEL. Pero ¿quién haceros pudo,
padre, esa revelacion?
Decidlo, por compasion,
porque de mí mismo dudo.

ALB. Su madre misma al morir
me dijo al darme á su hija:
«Padre, que á Pablo no aflija
nunca lo que vais á oir.
Esta niña que os entrego,
ángel que en vos deposito,
hija es de un hombre maldito
á quien no apiadó mi ruego.
Cuando á nuestra pobre aldea
Pablo torne de los mares,
para aliviar sus pesares
dejad que su padre sea.
Que nunca en su justo enojo
blasfeme de su mujer;
que es nunca llegue á saber
hija del pirata Rojo.»

RAFAEL. ¡Adios! (Despues de un momento de lucha.)

ALB. ¡Rafael, atrás! (Interponiéndose.)

RAFAEL. ¡Padre, que el honor me llama!

ALB. Con el hombre que ella ama,
Rafael, no te batirás.
Si á Diego matas, de pena
morirá tambien tu hermana.

RAFAEL. ¡Oh! (Cubriéndose la cara.)

ALB. Desposarlos mañana,
eso tu deber te ordena;
y luégo en tu corazon
guarda avaro ese secreto,

que al revelarle indiscreto
recibes mi maldicion.

RAFAEL. ¿Qué he de hacer?

ALB. Calmar su anhelo,
que obedeciendo á tu madre
abrirá Dios á tu padre
las santas puertas del cielo.
Ahora, hijo mio, los dos
vamos al pie del altar,
si Dios te vino á salvar
justo es bendecir á Dios.

(Entran en la ermita, Diego y Juan aparecen en el foro, Juan se acerca á la puerta de la ermita, luégo se dirige al fondo y hace señas para que se acerque.)

ESCENA XIV.

DICHO, JUAN,

JUAN. Á calcular por las trazas,
creí que no concluirían.

DIEGO. ¿Oiste lo que decían?

JUAN. Sí, le daba calabazas.
Y como eso siempre irrita,
es claro, se enfureció,
pero el viejo le echó un no
más redondo que esa ermita.
Cuando el padre é mi morena
igual no me dijo á mí,
fuí al mar, y al llegar allí
me tumbé sobre la arena.
Yo pensamientos tenía
de acabar con mi existencia,
pero me dije: paciencia;
mañana será otro dia.

DIEGO. Juan, llama.

JUAN. Diego, repara
el peligro que corremos.

DIEGO. Juan, llama, y basta de extremos.

JUAN. (Este nos saldrá á la cara.

DIEGO. (Sí, yo necesito verte,
que aunque me sobra el valor,
si no me tienes amor,
me dejaré dar la muerte.)
¿Aún no llamas?...

JUAN. Llamo pues. (Llamando.)
María. ¡Pichs!... Ábrenos,
no temas, venimos dos,
que valemos como tres.
(Pablo aparece en el umbral de la puerta, Juan se retira asustado á donde está Diego.)

ESCENA XV.

DICHOS, PABLO, á poco MARÍA.

JUAN. ¡Jesús, María y José! (Huyendo.)

PABLO. Pláceme por vida mia
que vengas aquí. María!...
(Dirigiendo la voz adentro de la casa. Sale María.

MARIA. ¡Diego!

JUAN. (Ap. á Diego) (¿Qué hacemos?)

DIEGO. (Abismado.) (No sé.)

PABLO. Si aquí viniste á inquirir
cuál de ambos fué elegido,
aunque el plazo no ha cumplido
mi hija te lo va á decir.

MARIA. Diego, olvida ya tu amor
como olvido yo...

DIEGO. ¡María!
(Salen Rafael y el P. Alberto de la ermita y se dirigen sin ser vistos á la capilla.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el P. ALBERTO, RAFAEL.

RAFAEL. ¿No es Diego?

ALB. Dios nos lo envía.

RAFAEL. Padre...
ALB. ¡Hijo mio, valor!
DIEGO. Por ocultar tu emocion,
María, luchas en vano:
tú podrás darle la mano
pero nunca el corazon.
Tus ojos, retrato fiel
de lo que estás padeciendo,
me están á voccs diciendo
que no amas á Rafael.
RAFAEL. Y él que lo sabe os la ofrece.
TODOS. ¡Rafael!
(Rafael presenta el ramo de violetas que habrá tomado de los piés de la Vírgen.)
RRFAEL. (Á Diego.) El ramo os entrego.
Hacedla dichosa, Diego,
tanto como se merece.
MARIA. ¡Dios mio! ¿Será verdad?
DIEGO. (¡Confundido estoy!)
PABLO. (¿Qué es esto?)
RAFAEL. Pablo, al cederle mi puesto
hago su felicidad.
¡Se aman!... Si pagar quereis
con creces la deuda mia,
cuando luzca el nueve dia
al altar los llevareis.
PABLO. ¿Y tu amor?
RAFAEL. Murió al nacer;
cuando casados los vea,
me ausentaré de esta aldea
á dó mo llama el deber.
(Pablo va á dirigir la palabra á Rafael, éste le indica con un movimiento que es inútil, y se acerca al P. Alberto, que le abraza, Diego y María miran á Pablo, éste lucha consigo mismo un momento y dice:)
PABLO. Ya que rompes tú los lazos
que la gratitud tejía,
Diego, honra á mi María:
hijos, venid á mis brazos.
(Los dos se arrojan á sus brazos lanzando una exclamacion de gozo.)

RAFAEL. ¡Padre!

ALB. Bien, hijo: camina
sin torcer tu paso nunca,
que el hombre es flor que Dios trunca
con su justicia divina.
Del pobre aplaca el anhelo
con lo que tu casa encierra,
que el bien sembrado en la tierra
sube como aroma al cielo.

FIN DEL DRAMA.

Este drama, titulado Herencia de lágrimas, *está aprobado por la censura vigente en* 23 *de Abril de* 1857.

AUMENTO Á LA ADICION DE 1.° DE MARZO DE 1880.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Chanteuse par amour........................	1	Sres. Paul y Cenrión...	M.
Heloise et Abelard..................	1	D. H. Litolff...........	M.
La mejor venganza..................	1	Sres. Ruesga, Prieto, y Espino........	L. y 1/2 M.
La chamor du primtems..............	1	D. Robert Planquette..	M.
La jeunesse de Beranger..............	1	Robert Planquette..	M.
La saint Nicolás!......................	1	Robert Planquette...	M.
Le chevalier Gaston...................	1	Sres. Veron y Planquette	L. y M.
Les Rendez vous galants.............	1	D. Robert Planquette..	M.
Memnon............................	1	C. Grisart...........	M.
Paille d'avoine......................	1	Robert Planquette..	M.
L'amour et son carquois.............	2	Ch. Lecocq.........	M.
La Boite de Pandore................	3	H. Litolff...........	M.
Les noces de Fernande..............	3	Louis Deffes.........	M.
Les voltigeurs de la 32me............	3	Sres. Gondinet, Duval y Planquette........	L. y M.
Niniche..............................	3	Marius Bouliard....	M.
La fiancée du roi de Garbe...........	4	H. Litolff...........	M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15 Rue Monsigny, Paris.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.